

SOMBRA CRUELES TRAS BELLEZA TANTA

IGNACIO F. GARMENDIA

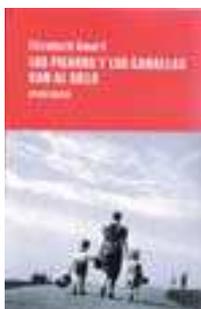
Sólo tenía 24 años cuando entró en una librería londinense, hojeó un libro de poemas y se enamoró para siempre de su autor, al que por entonces no conocía. Elizabeth Smart (1913-1986) era una joven canadiense de buena familia que viajaba por el mundo para completar su educación y estaba predestinada por nacimiento a una apacible vida burguesa. El encuentro real con el poeta George Barker, tres años después de aquella lectura perturbadora, marcó su vida en sentido muy otro. Por aquella época Elizabeth ignoraba que era un hombre casado, pero ello no fue obstáculo para que ambos se entregaran a una tormentosa relación que se prolongó por espacio de largos años y de la que nacieron cuatro hijos, de los quince que tuvo Barker, un católico devoto –protegido en sus inicios por T. S. Eliot– que coleccionaba amantes de ambos sexos sin aparentes problemas de conciencia. Tanto él como ella dejaron testimonio escrito de su dilatada aventura, pero la bella y extraña ópera prima de la autora canadiense, *En Grand Central Station me senté y lloré*, que fue publicada sin pena ni gloria en 1945, se convirtió con el tiempo en una obra de culto.

Este primer libro de Smart, escrito durante los últimos meses de su primer embarazo, cuando se refugió en una aldea perdida de la Columbia Británica para evitar el escándalo, fue dado a conocer por Lumen a mediados de los noventa, en la misma excelente traducción de Laura Freixas que hace un año rescató *Periférica*. Su con-



Elizabeth Smart.

PERIFÉRICA



Los pícaros y los canallas van al cielo

Elizabeth Smart

Periférica
17,50 euros
150 páginas

tinuación, no menos extravagantemente titulada *Los pícaros y los canallas van al cielo* (1978) y hasta la fecha inédita entre nosotros, es la que se presenta ahora en una no menos valiosa versión de Laura Salas, lo que permitirá a los lectores en castellano acercarse a la historia en su integridad. Entre la publicación de ambos títulos transcurrieron más de tres décadas, en las que Smart trabajó como publicista o editora y no volvió a publicar libro alguno, hasta los últimos años de su vida en que aparecieron, junto a esta segunda novela, varios volúmenes de versos y diarios.

Hemos dicho *historia*, pero las dos partes de este hermosísimo relato autobiográfico se asemejan más a un largo y arrebatao poema en prosa que a una novela propiamente dicha. De hecho Smart se ocupa sobre todo de los estados de ánimo por los que atraviesa la protagonista, una mujer absolutamente cegada por la

pasión, más que de los azares que atravesó la pareja, a los que alude indirecta o episódicamente. El lenguaje de la narradora, dolorosamente lúcido, está plagado de imágenes de una sensualidad extraordinaria, que muestran su familiaridad con la literatura antigua o contemporánea –en apéndice se ofrecen, como en la novela anterior, algunas de las referencias más o menos veladas de su discurso– y llegan a abrumar al lector por su intensidad obsesiva, en un despliegue de recursos que no concede respiro. Su primera novela, con ser impactante y conmovedora, retrataba a una autora primeriza que podía pecar de ingenuidad o de excesivo patetismo, pero lo notable del caso es que esta segunda parte –más narrativa y explícita– se le asemeja bastante en el tono, pese a que Elizabeth no era o no podía ser ya aquella muchacha soñadora.

Sombras crueles tras belleza tanta, como en el verso de Francisco Bejarano, acechan emboscadas en una prosa torrencial y en ocasiones oscura, que bordea lo melodramático y deja al lector literalmente sobrecogido. No moriré del todo, dejó escrito Smart en su epitafio, citando las famosas palabras de Horacio que justifican la vida de cualquier escritor y fueron en su caso lo más parecido a un grito de liberación póstuma. Pero tal vez no sea imprescindible conocer la historia personal de esta mujer para apreciar la profunda verdad de unas páginas cuya importancia trasciende el modesto ámbito de la literatura.